

Miguel Angel Escotet, secretario general de la OEI

«Iberoamérica debe dar respuesta inmediata a los problemas que la aquejan»

DESEO expresar antes que nada el agradecimiento a la Junta de Extremadura y a su presidente, Juan Carlos Rodríguez Ibarra, por la extraordinaria acogida a esta iniciativa y por el apoyo recibido en la organización de este trascendental evento. Ellos nos han ofrecido este marco excepcional que representa el monasterio de Guadalupe, situado en el corazón de esta querida región, cuya historia, cuya geografía y cuyo pueblo están indisolublemente ligados a los de los pueblos hermanos de América. También deseo expresar a la Comisión Nacional del V Centenario, en la figura de su presidente, Luis Yáñez-Barnuevo, nuestra gratitud por auspiciar este Encuentro solidario.

Muy especialmente va nuestro hondo reconocimiento a todos y cada uno de los ex presidentes que nos acompañan, por la confianza y generosidad que han depositado con su asistencia, la cual interpreto como interés genuino de este selecto grupo por la definitiva afirmación de nuestra comunidad de pueblos. Vaya también nuestro mensaje fraterno para todos los demás ex presidentes que no pueden estar con nosotros, pero que han expresado su solidaridad y apoyo a nuestra convocatoria y esperan recibir de ella resultados que sean de utilidad para el desarrollo progresivo de nuestra comunidad.

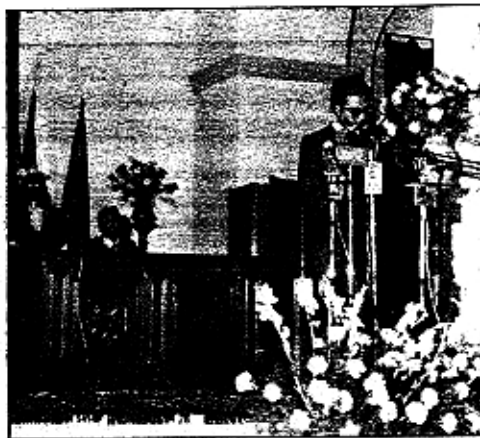
El ser humano nace en soledad. Para borrar su desamparo, el hombre se vuelve en la relación. En cierto modo, vivir es sinónimo de estar en relación con el otro. El ser humano, por intuición y por comprensión, transforma su soledad en solidaridad.

El carácter sociario —y solidario— del hombre supone la aceptación de unas pautas de conducta y de unos modelos a seguir.

Ni éstos ni aquellas son uniformes, sino plurales. Se debe respetar tanto la diversidad como la disidencia. Y la cultura, como traducción creativa del ser humano, es el acarreo en el tiempo de ambas facetas, y otras más, que se van incorporando en el recorrido histórico: las tradiciones, los mitos, las religiones, las ideologías, la ciencia, las costumbres. El ser humano deviene en ser cultural en el seno de su parcela social.

Conformado el hombre cultural de una sociedad que lo identifica y define, éste tiene que actuar y desarrollarse sobre unas bases de ética social. Son estas bases —preocuparse del semejante, admitir su diferencia— las que determinan el quehacer diario del hombre cultural y este no

EN el acto inaugural del Encuentro de ex Presidentes Constitucionales Iberoamericanos, el secretario general de la OEI pronunció el siguiente discurso:



El secretario general de la OEI, Miguel Ángel Escotet, en un momento de su intervención en el acto inaugural del Encuentro de Guadalupe

puede por menos que comunicarse, educarse y cooperar con el resto de su medio sociario si es que aspira a que la cultura sobreviva.

Pero no existe una moral social convincente, es decir, una conciencia crítica en sentido estricto, si el marco social no permite la acción fluida del autoanálisis y autocritica. El hombre cultural necesita de ellas para perfeccionarse y para ayudar a perfeccionar al otro, en un mundo cambiante y constantemente acosado por estímulos exteriores.

De la capacidad de elegir libremente dependerá que el hombre cultural se estanque o se desarrolle. Por medio de una formación y cooperación permanentes, ese hombre podrá superarse y aproximarse más a las metas y aspiraciones de su tiempo. Los griegos especulaban sobre la armonía en el mundo. El hombre de la civilización actual continúa elucubrando en torno a la armonía o al equilibrio no alcanzados: el desarrollo económico, la justicia social y la paz.

Este es un Encuentro que pretende romper la fatalidad de esquemas sombrios basados en el supuesto falso de la debilidad endémica de nuestras sociedades, y lo quiere realizar desde la reflexión en libertad y en democracia, y con la intención de ahondar fundamentalmente en la cultura y la educación, entendidas como vocación y proyección. En el hombre cultural iberoamericano de hoy, que tiene por vínculo incomparable el idioma, priman la cultura y la educación como vehículos impres-

cindibles para actualizar, a él y al otro, a la civilización creada, en ese futuro deseable que el entrevé, pero que no consigue atrapar, un futuro que podrá alcanzarse si se logra un esfuerzo colectivo que rebasa la retórica y se adentre en la acción creativa y en la firme voluntad política.

Queda lejos, muy lejos, la radicalización literaria de Sarmiento: o civilización o barbarie. La música que suena en la tan manoseada posmodernidad es muy otra, tanto por su eco como por sus contenidos. Los símbolos y los códigos también se han modificado. La dinámica de los tiempos es increíblemente veloz en todos los campos, y el presente pasa a la categoría de pretérito en un abrir y cerrar de ojos.

Hablar de interrelación a escala mundial no es una frase retórica, sino la constatación de un hecho cierto. Igualmente lo es manejar términos como alienación, masificación, urbanización desbalanceada, concentración de los frutos del progreso, vulnerabilidad externa, crisis económica —con las secuelas del paro y la inflación— y dependencia científica y tecnológica. Todos ellos son fenómenos de los que se están derivando unos efectos socioeconómicos, culturales y de identidad, cuyo coste y alcance son difíciles de evaluar. Están ahí y producen desazón, inquietan. Pero hay que plantearse cara con decisión y coraje, con soluciones solidarias e inteligentes. De una imaginativa y coordinada respuesta a los mismos dependerá la construcción de un pre-

sente más habitable y justo al hombre iberoamericano. Nuestro futuro no nos lo regalan, es más lo entorpecen; nuestro futuro hay que ganarlo aquí, en el presente.

Pero ¿qué sucede en otras latitudes? Por una parte, las grandes potencias están especialmente preocupadas en defender sus intereses inmediatos. Mientras estos países dediquen gran parte de sus energías a plantear fórmulas y reunir recursos para una hipotética guerra de las galaxias, y se encierran en el estrecho marco de sus privilegios actuales, se separarán cada vez más de los otros países. Es más, este tipo de actitudes no tiene perspectiva de porvenir, puesto que en los momentos actuales de interdependencia global se hace necesario la solidaridad también global como condición esencial para la sobrevivencia misma.

Los países europeos en general representan, por su historia cultural y científica, su compromiso democrático, su menor tamaño relativo y su mayor capacidad de diálogo con los países en desarrollo, un potencial de equilibrio internacional. Pero la capacidad mediadora y pacificadora de esta Comunidad, va a depender en gran parte del grado de autonomía política que sea capaz de alcanzar. La inserción de España y Portugal en la Comunidad Económica Europea, reafirmando sus señas de identidad y compromiso iberoamericano, puede y debe representar un importante cambio cualitativo que suponga una mejora sustancial que se hace necesaria y urgente en las relaciones entre ambas comunidades.

Al otro lado del espectro se encuentran los países más pobres. Se debaten en una situación tan difícil y están tan acorralados por exigencias de sobrevivencia, que no pueden, ni queriéndolo, dedicar muchas energías a los demás, cuando tienen grandes dificultades para dedicarlas a su propio porvenir.

Iberoamérica concebida como comunidad integrada por los países latinoamericanos e ibéricos, término por tanto que no es sinónimo de la legítima expresión de América latina, está conformada por pueblos que comparten historia, cultura y un enorme caudal de posibilidades y de creatividad.

Nuestros países se encuentran en lo que puede considerarse como una posición inter-

media en el concierto de las naciones. No tienen fuerza suficiente como para caer en la tentación de imponer su filosofía al mundo; y, por otra parte, han demostrado que no están dispuestos a aceptar imposiciones ajenas a su espíritu o a sus motivaciones culturales, sociales y políticas. Iberoamérica, en su conjunto, no es ni tan desarrollada como para estar cautiva de una civilización esencialmente materialista, ni tan subdesarrollada como para no poder dedicar como comunidad una contribución fecunda de energías morales, intelectuales y políticas a una empresa de convergencia planetaria.

Sin embargo, Iberoamérica debe dar respuesta inmediata a los problemas que la aquejan. El perfil demográfico con una alta tasa de crecimiento supone que sobrepasaremos los 670 millones de habitantes para el año 2000, cuando ya actualmente el 42 por cien de la población tiene menos de quince años, mientras que el grupo de sesenta y cinco años en adelante significa sólo el 3,8 por cien. Con estos y otros indicadores podemos inferir que la fuerza laboral apenas alcanza a un tercio de toda la población, es decir 147 millones, con la grave tendencia que de continuar este perfil socioeconómico, esa fuerza laboral para el año 2000 aumentará a sólo 217 millones.

En el caso específico de América latina, los datos reales de ingreso medio por nivel de población nos muestran que el 20 por cien más pobre recibe solamente del 3 al 5 por cien del ingreso total, mientras que el 20 por cien más rico recibe el 60 por cien del producto general, continuándose en ese 20 por cien más rico, un grupo de un 5 por cien que absorbe más del 30 por cien de todo el producto interior bruto.

El ingreso, per cápita que creció desde 780 dólares en 1960 hasta 1.400 dólares en 1980, sufrió una disminución en los cuatro últimos años del 9 por cien. La pobreza y la riqueza se dicotomizan alarmantemente. La participación en el ingreso total familiar del estrato, formado por el 40 por cien de familias más pobres, disminuyó del 8,7 por cien en 1960 a 7,7 por cien en 1975; mientras que el estrato formado por el 10 por cien más rico incrementó su participación hasta alcanzar la mitad de toda América latina. Si a todo agregamos la ya conocida situación de la deuda externa, el panorama requiere de acciones inmediatas conjuntas.

Estos reveses han tenido un efecto especialmente adverso en la infancia y en los condicionantes sociales. La tasa de mortalidad infantil ha oscilado en función de las características

económicas. La recesión ha paralizado y aun incrementado dicha tasa. Los desastres de la desnutrición, que se calcula sobre aproximadamente el 28 por cien de los niños menores de cinco años de edad, son causa directa o asociada de muerte entre el 37 por cien al 70 por cien de los niños menores de ese grupo de edad. Si a esta terrible secuela agregamos el daño irreparable que la desnutrición genera en el sistema nervioso, no es difícil inferir sobre las consecuencias intelectuales en esos niños para integrarse a un sistema educativo inflexible.

La salud y los precarios servicios hacen que el 70 por cien de la población esté expuesta a enfermedades infecciosas o parasitarias, las cuales son responsables del 30 por cien de las muertes. Sólo el 78 por cien de la población de las ciudades y el 24 por cien en el campo tienen agua potable. Existen aproximadamente tres camas de hospital por cada 1.000 habitantes y siete médicos por cada 10.000 habitantes en las ciudades, frente a los dos médicos en las zonas rurales.

En el sistema educativo de todos los países que integran Iberoamérica, se han hecho grandes esfuerzos que se ven todavía parcialmente recompensados. El porcentaje del presupuesto nacional de cada país en educación respecto al PIB sigue siendo muy bajo. Sólo dos países superan el 6 por cien: Cuba, con 6,3 por cien, y Costa Rica, con casi 8 por cien. Pero todavía existen índices tan bajos como los de España y Uruguay, que tienen sólo el 2,5 por cien; República Dominicana, con 2,1 por cien; Guatemala, con 1,8 por cien, y Paraguay, con 1,3 por cien.

El analfabetismo funcional sobrepasa globalmente el 40 por cien; si bien está inscrito en la educación primaria el 82 por cien de la población escolar, sólo el 25 por cien logra terminar; en la educación media apenas se inscribe el 23 por cien de jóvenes entre trece y dieciocho años, y sólo un tercio culmina el nivel. En las universidades, sólo el 20 por cien de los inscritos llegan a graduarse. En resumen, por cada mil niños que ingresan al sistema educativo formal, sólo cinco terminan la pirámide educativa. Y esto, señores, sucede con los 462 millones de habitantes que tiene nuestra comunidad de naciones. ¿Qué futuro nos espera cuando sólo en quince años sobrepasemos los 670 millones?

Además de estas fallas cuantitativas, la educación en todos nuestros países, padece de orientación verbalista, teórica y memorística, y el contenido no refleja los avances del conocimiento, y cuando esto sucede, la transmisión llega con un atraso considerable. La oferta de especialidades es limitada y está desvinculada de las necesidades del futuro inmediato y del mundo del trabajo. La universidad sigue atrayendo estudiantes en áreas tradicionales, ocasionando así la creación de factorías para el desempleo o el subempleo. Los

grupos marginales y los sectores rurales obviamente son los más afectados, y las comunidades indígenas siguen sufriendo los rigores de una atención educativa muy limitada y poco relevante a sus necesidades y cultura.

El subsistema de generación de ciencia y tecnología es marginal. La inversión de nuestros países en investigación es desalentadoramente baja, oscila entre el 0,1 y el 0,4 por cien del PIB, con excepción de cuatro países que están en el 0,6 por cien, es decir, aproximadamente 2,25 dólares por habitante, frente a los 30 dólares de la Europa comunitaria o a los 110 dólares del Japón. Se calculan unos 200.000 científicos e ingenieros en Iberoamérica, que

“A los fenómenos socioeconómicos, culturales y de identidad, cuyo coste y alcance son difíciles de evaluar, hay que plantarles cara con soluciones solidarias e inteligentes. De la respuesta a los mismos dependerá nuestro futuro, que hay que ganarlo ahora, en el presente, si se logra un esfuerzo colectivo que rebase la retórica y se adentre en la acción creativa y en la firme voluntad política

Iberoamérica en su conjunto no es ni tan desarrollada como para estar cautiva en una civilización esencialmente materialista, ni tan subdesarrollada como para no poder dedicar como comunidad una contribución fecunda de energías morales, intelectuales y políticas a una empresa de envergadura planetaria

La OEI ha definido en esta nueva etapa unas políticas que responden a las necesidades y problemas de nuestros pueblos: democratización, innovación y desarrollo autónomo. Al mismo tiempo, propicia un nuevo tipo de cooperación que genere capacidades de realización dentro de los propios países y que se base en la aceptación de que todos ellos, sin exclusión tienen experiencias que aportar y necesidades que cubrir

Cuando un problema como es el del endeudamiento adquiere dimensiones políticas y sociales, requiere también de soluciones globales comunitarias, concertadas y políticas, que permitan administrar más racionalmente la crisis y sus secuelas

comparado con otras regiones del mundo, sólo África tiene un número más pequeño. Estamos muy lejos, con EE.UU. con 3.500.000 o de la URSS con más de cuatro millones.

Por otra parte, pese a los esfuerzos de nuestros países por reforzar las manifestaciones culturales que nos identifican, existe un grave peligro de satelización en una cultura diversa de síntesis como es la iberoamericana. Nuestras identidad y lenguas se ven hostigadas por elementos ajenos a su tradición y existe el peligro de la uniformidad externa de los países de dominio económico, que alcanzan hasta las mismas conciencias.

Esta situación iberoamericana en que se entremezclan áreas de profundo y hasta creciente atraso, sectores de elevado desarrollo y zonas intermedias que se debaten agónicas —en el sentido unamuniano— entre ambos extremos, en conjunto y por imperativos de solidaridad social, sitúa a la comunidad en fase de sub-inestar, pero con el potencial necesario para cambiar el curso de la propia historia de sus pueblos.

Pueblos en desarrollo, éstos nuestros iberoamericanos, que quieren encontrar en su propia, apasionada experiencia, en su lucha por alcanzar la más pura dimensión de la dignidad humana, en el conocimiento de sus necesi-

dades y posibilidades, medios para salir en conjunto y simultáneamente de la miseria, la explotación y el atraso social.

Pueblos que saben que pueden dominar sus dificultades con la mutua cooperación, con la ayuda recíproca, como si dijéramos cogidos de la mano en este esfuerzo colectivo por sacudir viejos o nuevos yugos ancestrales que han sido nuestra limitante en el camino del progreso, seguros como estamos de que aislados, o solos, o divididos, no podremos salir adelante, no alcanzaremos nunca nuestra plena autonomía iberoamericana.

La OEI, como organización de estados iberoamericanos para la cooperación en educación,

pero buscando la mayor rentabilidad y eficacia en el desarrollo de nuestros proyectos.

La OEI aspira a ser expresión fiel de pluralismo político, de libre autodeterminación de los pueblos, de diversidad cultural dentro de la unidad, de expresión auténtica de convivencia y de eficacia técnica y programática al servicio de Iberoamérica. La independencia de un pueblo, la autonomía de su destino, el duro fragor de su historia hacen de la educación, la ciencia y la cultura baluartes y cimientos imprescindibles sobre los cuales se afianza la cooperación entre nosotros. Un nuevo tipo de cooperación que genere capacidades de realización dentro de los propios países y

por exportación de América Latina están destinados al pago de intereses sin incluir amortizaciones. Sin embargo, este tremendo esfuerzo no elimina la condición estructural de países permanentemente deudores y dependientes económica y políticamente, lo que supone una clara amenaza a la estabilidad de nuestros sistemas democráticos.

Esta deuda, señores presidentes, significa también una enorme carga presupuestaria que repercute en la educación y formación de nuestra juventud. Y muchos Estados se han visto obligados a reducir sus presupuestos para educación, ciencia y cultura al objeto de atender otros compromisos más inmediatos. Sin duda alguna, cuando un problema adquiere estas dimensiones políticas y sociales requiere también de soluciones globales comunitarias, concertadas y políticas que permitan administrar más racionalmente la crisis y sus secuelas.

Al mencionar algunos de nuestros problemas no se desean presentar una visión derrotista, sino asomarnos a nuestra realidad para definir mejor nuestras alternativas. Porque la educación, la ciencia y la cultura no pueden ser consideradas en sí mismas sin tener en cuenta su entorno y sus condiciones. La economía y la política influyen de forma definitiva y a su vez son influidos por ellas.

En consecuencia, se hace necesario un enfoque integral que tenga en cuenta toda la energía social contenida en nuestros pueblos y su capacidad de actuar en forma comunitaria para la superación de muchos de sus problemas.

Este encuentro de Guadalupe, al calor de estas viejas y nuevas piedras tan vinculadas con aquel 1492, busca suscitar debates, sugerir fórmulas, proponer políticas y objetivos por parte de personas que han dividido los problemas de la educación, la ciencia y la cultura desde la cúspide del Estado. Su experiencia singular quisieramos incorporar en toda su extensión y complejidad al manejo de la cooperación. Más que un Encuentro es una invitación al Diálogo, una provocación a la construcción de nuestro futuro, una propuesta de afirmación iberoamericana frente a toda posible tentación de negación o de irresponsable inercia.

Por ello cabe aquí, para finalizar, el recuerdo del maestro Pedro Henríquez-Uribe cuando afirmaba hace ya sesenta años: «Ensanchemos el campo espiritual; demos el alfabeto a todos los hombres, demos a cada uno los instrumentos mejores para trabajar en bien de todos; esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera; avancemos, en fin, hacia nuestra utopía, el perfeccionamiento de la vida humana por medio del esfuerzo humano». Gracias.

que se base en la aceptación de que todos ellos sin exclusión tienen experiencias que aportar y necesidades que cubrir.

Señores presidentes: nuestros países han demostrado reiteradamente su deseo y capacidad para resolver los problemas por sí mismos, sin injerencias de intereses ajenos perturbadores de nuestra convivencia pacífica y nuestra capacidad de diálogo. Los valores de nuestra comunidad y nuestra capacidad de tolerancia y respeto pueden producir frutos de paz y desarrollo en Centroamérica y en otras regiones de nuestra geografía comunitaria.

Nuestros países no son simplemente «lugares o territorios» para desarrollar operaciones o servir de plataforma para la defensa de valores geoestratégicos de las grandes potencias. Por el contrario, nuestros países son comunidades de hombres y mujeres que quieren dirigir sus esfuerzos a la promoción del desarrollo y el progreso en libertad.

Existen además otros mecanismos de dominación que ponen en entredicho nuestra propia soberanía. Me estoy refiriendo al problema del endeudamiento que afecta a la mayor parte de nuestros países y que significa uno de los mayores azotes de nuestro tiempo.

El 35 por cien de los ingresos